

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

Separata del libro:

**“VIVENCIAS DEL ALMA”**

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.  
I.S.B.N.: 84-86724-00-7  
Depósito legal: M 26358-1987

LA OBRA DE LA IGLESIA  
MADRID – 28006 ROMA – 00149  
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90  
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44  
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

¡QUÉ TRISTE VEO A MI IGLESIA...!

¡Qué compuesta está mi Iglesia!,  
¡qué hermosa!, ¡qué engalanada!;  
¡toda envuelta en sus perfumes  
y con joyas adornada!

Toda de fiesta te veo,  
como Esposa en ricas galas,  
poseyendo al mismo Dios  
y siendo en Él fecundada.

Mas, con un velo de luto,  
tus joyas quedan tapadas,  
tu hermosura se oscurece  
y apareces desgarrada.

Y es que tus hijos –los míos–  
han desgajado tu alma,  
al marcharse de tu seno  
tras compañeros que engañan.

¡Qué triste veo a mi Iglesia,  
con su faz desencajada,  
y, con un velo de luto,  
cubriendo sus ricas galas...!

¡Qué gloriosa está mi Iglesia  
en el seno del que ama...!

18-10-1967

## IGLESIA ¡CÓMO LLORABAS...!

Aquel día que te vi,  
Iglesia, ¡cómo llorabas!  
con las cavernas abiertas  
que tu alma traspasaban.

A pesar de ser hermosa  
y con joyas repletada,  
los pecados de tus hijos  
tu rostro desfiguraban.

Pecados que son las manchas  
que tu hermosura profanan,  
por no saber el misterio  
en que, envuelta, te remansas.

Te he visto rompiendo en llanto  
morena y desencajada,  
tirada en tierra y llorosa,  
jadeante y encorvada.

¡Oh, cuánto sufrí aquel día  
al verte abofeteada...!

¡Si yo te volviera a ver...!  
¿Cómo no te consolara,  
arrancándote tu pena,  
y Dios, al verte, gozara?

19-10-1967

## ¡QUÉ HERIDA ESTÁ MI IGLESIA...!

Mi Iglesia está sufriendo sin quejarse,  
mi Iglesia está de luto en su secreto,  
mi Iglesia está sangrando en sus gemidos,  
y con un manto negro va cubriendo  
las cavernas que hijos de su entraña  
por inconsciencia u orgullo,  
en su seno, están abriendo.

El Vicario de Cristo está penando,  
y mi espíritu, con él, está muriendo.

Mi Iglesia con el Papa está sangrando  
en un terrible, aterrador silencio.  
¡Qué triste está mi alma con mi Iglesia!  
con ella estoy sumida en su silencio.

¡Qué herida está mi Iglesia...!,  
¡qué herido está mi pecho...!  
Mi Iglesia está penando  
y, con ella y con el Papa,  
¡mi espíritu, muriendo!

1-8-1968

NUEVA JERUSALÉN...

¡Oh nueva Jerusalén!,  
si siempre te contemplara  
como el día en que te vi  
como una reina enjoyada...

Si siempre te viera hermosa,  
triunfante y engalanada,  
como esposa del Dios vivo  
y por todos aclamada...

¡Oh nueva Jerusalén!,  
mi alma está desgarrada  
al verte triste y llorosa,  
jadeante y encorvada.

Te vi vestida de luto,  
en tu entraña traspasada  
por la ida de tus hijos  
que hacia otras tierras marcharan;

te vi encubriendo tus joyas,  
morena y desconsolada,  
¡pero yo nunca te vi  
tan triste y tan ultrajada!

Hoy no sé cómo expresar  
esto que siente mi alma.

Es un martirio tan hondo  
el verte abofeteada,  
por tus hijos escupida,  
zaherida y maltratada

en tu caminar penoso  
en esta tierra manchada,  
que, si no te conociera,  
te creyera abandonada.

¡Pero no!, Dios está en celo  
por la gloria de su Amada;  
su amor se siente enojado,  
su mirada está irritada.

¡Oh qué terror!, si Dios llora  
cuando ve a mi Iglesia amada...  
Y si Dios llora al mirarla,  
¿cómo mi ser no llorara?

¡También, mi alma está en celo,  
también se siente ultrajada,  
también anda temblorosa  
y se ve abofeteada!

También... ¡porque soy Iglesia!  
Tan sólo Iglesia es mi alma,  
y su misión es la mía,  
su tragedia está en mi entraña,

y la gloria de su nombre  
es la gloria que me abrasa,  
porque no tengo más gozo  
que verla glorificada.

¡Oh, qué triste está mi Iglesia!  
¡Oh, si yo la consolara  
y la viera nuevamente  
como una reina enjorjorada...!

¡Oh, qué herida está mi Iglesia!  
¡Ay, qué triste está mi alma!  
Pero... si Dios mismo llora,  
¿cómo yo la consolara...?

28-4-1969

## AUNQUE TE HAYA VISTO TRISTE

Aunque te haya visto triste,  
morena y desencajada,  
ocultándote en tu luto  
y en tierra abofeteada;  
tras tu tristeza y tu angustia,  
tras tu entraña desgarrada,  
apercibo en tus pupilas,  
en tu profunda mirada,  
una luz tan infinita  
que me deja subyugada.

Es la mirada del Verbo  
que, en centelleantes llamas,  
revienta por tus pupilas  
en silenciosa Palabra;  
expresando en un concierto  
de melodías sagradas,  
las perfecciones eternas  
del que en tu seno remansa.

Aunque a veces mi oración  
te vea tan ultrajada,  
siempre trasunto en tu vida  
la riqueza que te embarga,  
las Aguas en que te anegas,  
al mirarte en tu mirada.

Iglesia, ¡cómo te veo...!:  
toda en tu ser impregnada,  
envuelta en Sabiduría,  
en Caridad repletada,  
cuando te miro en tu hondura,  
aunque me ocultes tu cara.

Y aunque te quieras mostrar  
a mi ser tan ultrajada,  
tú sabes que te conozco;  
y que, por muy humillada  
que ante mí tú te presentes,  
veo en tu pena callada  
al Esposo que, en tu seno,  
descansado, se remansa.

Pues aunque sé que estás triste  
y en tus miembros desterrada,  
también sé que eres gloriosa  
en la Fiesta del que amas.

Iglesia, ¡qué hermosa eres...!  
en tu gloria repletada,  
rodeada de los hijos  
que, llegando en la mañana  
al día eterno de Dios,  
en su festín te regalan.  
Y «allí», sin velo de luto,  
sin tu faz desencajada,  
sin tu mirar entre llanto,  
con tus sienes coronadas,  
te veo fluyendo en Luz  
de rompientes cataratas,  
abrasada y reposando  
en el Pecho del que amas.

Son tus mejillas luceros  
por donde el Sol se derrama,  
como volcán encendido  
en refrigerantes llamas.

Te veo llena de hijos,  
como virgen desposada,  
palpitante y rebosando,  
cual Esposa coronada,  
en manantial infinito  
de la dicha que en ti mana.

Iglesia, ¡eres la misma...!  
aunque te vea tirada,  
aunque me pidas ayuda...

Y aunque me ocultes tu cara,  
envolviéndote en tu manto  
cual mujer abandonada,  
yo sé mirar en tu angustia  
la hermosura que te embarga,  
la belleza del Dios vivo  
que, tras tus noches, me habla.

Por eso, cuando te miro  
en esta tierra manchada,  
y te quieren destronar,  
aunque nunca lo logran,  
mi alma revienta en llanto  
por tu dolor anegada,  
ante el amor que te tengo  
y la unión que a ti me abraza,  
en medio de la tiniebla  
de densas noches cerradas  
y repletas de dolor  
en que te mira mi alma...

Iglesia, ¡ponte de pié!  
¡y descúbrete tu cara!  
¡Tira tu velo de luto!,  
¡preséntate repletada!,  
¡y aplasta con tu poder,  
con la luz de tu mirada,  
la soberbia que te escupe  
en tus mejillas sagradas...!

¡Levántate, Iglesia!, ¡pronto!,  
¡que la confusión avanza  
y se asustan los pequeños  
con la doctrina que engaña!

¡Descúbrete pronto, Iglesia!,  
¡y con tu fuerza arrebata  
los corazones sencillos;  
al mismo tiempo que aplastas  
la soberbia de los grandes  
con tu sapiental Palabra...!

¡Levanta, Iglesia, no tardes!,  
¡hoy te lo implora mi alma!  
Que si tú quieres ayuda,  
todo mi ser está en guardia  
para esperar que Dios hable  
diciéndome su Palabra.

Yo iré donde Él me mande,  
yo correré sin tardanza,  
¡pero no te quiero ver  
con tu faz desencajada,  
tirada en tierra y llorosa,  
jadeante y encorvada...!

¡Tira tu velo de luto!,  
¡anda, Iglesia, Madre amada!,  
y muéstrame nuevamente  
la belleza que te embarga,  
la riqueza del Dios vivo  
que tras tus noches me habla...

¡Anda, Iglesia, no te tardes,  
que mi alma está encelada,  
y si le pides ayuda,  
con su milicia está en guardia!

13-1-1970

## LA IGLESIA LLORÓ EN MI ALMA

La Iglesia volcó sus penas  
en mi alma dolorida,  
y me envolvió con su manto  
aumentando mi agonía.

Me dijo sus amarguras,  
las que en su pecho tenía,  
cubriéndome con la nube  
que sobre ella se cernía.

La Iglesia se dijo en Eco,  
dejándome sumergida  
en la asfixiante congoja  
de su pecho reprimida;

y me dijo los porqués  
de cuanto la ensombrecía,  
con la confusión penante  
que por doquier la envolvía.

La Iglesia lloró en mi alma...  
¡Qué amargo me fue este día!

18-4-1975

## SOY DE DIOS Y DE LA IGLESIA

*Soy de Dios y de la Iglesia;*  
por eso no he de temer  
cuando me arree la prueba,  
pues en Dios descansaré.

*Soy de Dios y de la Iglesia;*  
mi vida a Él consagré  
para, en su excelsa excelencia,  
expresarle en mi saber.

*Soy de Dios y de la Iglesia,*  
de su Canción, eco fiel,  
y, como Madre amorosa,  
me dijo su padecer.

Por eso, cuando notaba  
la destrucción de mi ser,  
repetí constantemente  
al sentir mi anochecer:

*Soy de Dios y de la Iglesia;*  
¡esto me lo sé yo bien!  
Y, en las manos del Eterno,  
yo por ella me entregué.  
El Amor es el testigo  
de mi siempre padecer,  
en mi afán de darle gloria  
sólo buscándole a Él.

*Soy de Dios y de la Iglesia;*  
por eso no he de temer  
cuando me arrecia la prueba;  
¡por mi Iglesia me ofrendé!

9-1-1976

## IGLESIA HERIDA

Porque la Iglesia está herida  
y sus penares me cuenta,  
me desplomo enamorada  
en donaciones secretas.

Agonía de mi Esposo,  
¡hunde en mi pecho tu queja!,  
que yo buscaré, en mis modos,  
consuelo para tus penas.

Cristo..., Iglesia dolorida...,  
llanto de gran trascendencia...,  
pues, si la Iglesia está herida,  
¿qué sentirá su Cabeza?

Cristo bendito del Padre,  
¡recibe así nuestra ofrenda!

3-2-1976



## VI A LA IGLESIA

Vi a la Iglesia engalanada,  
toda ella saturada  
de la Santidad eterna,  
llena de Divinidad,  
con sus sienes coronadas  
como una esposa enjoyada;  
siendo Dios mismo el Consorte  
que la une a su Deidad,  
y el Jayán enamorado  
que se siente cautivado  
por el rostro de su Esposa,  
sellada en virginidad.

Y, después de verla reina,  
tan esplendente y tan bella,  
repleta de ricas joyas  
y ungida por la Deidad,  
la vi rompiendo en sollozos,  
unida a Cristo su Esposo,  
por los hijos que marcharon  
de su entraña maternal.

Un manto negro cubría  
la faz de la Iglesia mía  
en una pena tan honda,  
que jamás podré olvidar;

pues a mi Reina enjoyada  
la he visto en tierra, tirada,  
cubierto su rostro en llanto  
e implorándome piedad.

¡Piedad, a mi alma herida  
y en tantas penas hundida  
por no encontrar la manera  
de saberla consolar...!

Años de angustia penando  
van a mi alma dejando,  
oprimiendo mis cantares,  
sin poderse levantar.

Nubes de densas tinieblas  
que a los hombres desconciertan  
con asfixiantes congojas  
vi en la Iglesia penetrar;  
y, en su figura aparente,  
hoy se la ve repelente,  
porque el pasar de los hombres  
la afeó con su maldad.

¡Oh rostro de Dios potente,  
resplandor de eternas fuentes,  
Sol de fuego luminoso  
de incontenible bondad...!

Veo el poder del Inmenso  
que, en centelleos eternos,  
por la gloria de su Amada  
abrasado en celo está.

¿Quién resistirá aquel día  
en que tu ira contenida  
exija cuenta a los hombres  
del tesoro que nos das?

¡He visto tanto y tan denso  
que, aunque quisiera exponerlo  
en la urgencia que me oprime,  
jamás lo podré lograr!

Tus ojos centelleaban,  
pues tu gloria reclamaba  
reparación a la ofensa  
que ultraja a tu Santidad.

Amador de mis amores,  
que eres en mi Iglesia Soles,  
¡rompe ya la densa niebla  
con tu inmensa majestad!

Yo cantaré tus cantares,  
aunque muera en mis penares,  
que hoy oprimo en mis honduras,  
para logarte aplacar.

Jesús de mis agonías,  
¡yo te quiero consolar!

7-4-1978